

# THIEBAULT, GOBERNADOR DE BURGOS

---

## Exhumando unas memorias históricas

---

### CAPITULO I

#### «Les Memoires»

El general Thiebault fue gobernador de Burgos durante el año 1.809 y tres años después en 1812. Tenía en esa época cuarenta años. La Revolución francesa y las campañas de Napoleón habían formado generales muy jóvenes.

Su paso por Burgos lo ha dejado reflejado en el tomo 4.º de sus interesantísimas Memorias publicadas siguiendo sus manuscritos por Ferban Calmettes, edición de Paris 1896. Thiebault era no solamente un caballero militar de honor sin tacha en todos los aspectos, a pesar de haber sido oficialmente un enemigo nuestro, sino además fue un fino literato, un gobernante cabal, y un especial jurisconsulto. Este último aspecto de Thiebault nadie lo ha señalado, y sin embargo creo que es principal rasgo saliente de aquella personalidad extranjera que por azahares de la guerra se vió obligado a gobernar a los burgaleses.

Cuando Thiebault escribe sus Memorias es ya viejo; han pasado bastantes años de la guerra de España (la de la independencía). A lo largo de todos sus escritos Thiebault rezuma una honda admiración hacia España y especialmente un gran amor a Burgos. En cualquier otro lugar de Europa —decía— bastaba vencer un general enemigo para rendir a la nación o a su monarca, pero España es distinta, para dominarla era necesario vencer a cada uno de sus hijos. Nadie como Thiebault sabía describir el heroísmo de aquellos guerrilleros de nuestras sierras con los

que él tuvo en una ocasión que medir sangrientamente sus fuerzas. Terminada la guerra, desde París, sigue con afán cualquier noticia que los periódicos le den sobre España, pero especialmente sobre Burgos. Un día se entera gozoso que nuestro Ayuntamiento ha decidido continuar la obra de la explanada del Espolón, que él había mejorado ganándola al río, y además que había querido conservar el monumento y tumba que él erigió al Cid en esa misma explanada.

Pretendo en la exhumación de estas «Memoires» tratar la parte más original de ellas, la menos comentada por los historiadores y cronistas de Burgos.

Thiebault se nos presenta regresando de una campaña sobre Portugal. De la continuación de esa campaña iba a encargarse el Mariscal Soul. Iban a cambiar de táctica por consejo de Thiebault. Nadie conocía Portugal como yo la conozco —decía en sus Memorias—. Convenía abandonar el avance por las montañas de un país pobre e inhóspito, constantemente azotado por lluvias torrenciales, por un avance sobre los valles donde el aprovechamiento era más fácil. Thiebault tenía innegables méritos militares. Se había distinguido especialmente en el cerco de Génova, donde había sido herido, padeciendo una mutilación. Era estimado personalmente por el Emperador que tenía perspicacia natural para conocer a sus gentes, y valerse según convenía de sus cualidades. En ese brillo del Imperio, en esa rápida carrera de ascensos y de honores de unos militares jóvenes que salieron de las cunas mismas de la Revolución, los títulos y condecoraciones que Napoleón confería no ofuscaron demasiado a Thiebault. En el espíritu crítico de sus memorias no deja sin embargo de lamentarse por un lado, y de menospreciar por otro algunos de estos honores que entonces él todavía no poseía, así como de otros bien merecidos que a gentes serviles el Emperador les había otorgado. Si el mérito está únicamente en la obsesión de recibir una recompensa, yo la desdeño desde ahora. Para él, el tiralevitas, y más aun el instigador en la burocracia militar y en la eclesiástica le parecían por su naturaleza indignos y despreciables.

## CAPITULO II

### Su viaje a Burgos y su entrada

Thiebault vuelve a presentarse camino de Burgos en Valladolid, de regreso como hemos dicho de Portugal. Estaba contento. Había sido nombrador gobernador de las provincias Vascongadas con residencia en Vitoria. Vitoria era una ciudad limpia y bonita, a las puertas como quien dice

de Francia. Allí podría llevar a su querida Zozotto su legítima mujer a la que amaba con locura. En Valladolid asiste a un acto terrible en el que Napoleón en persona ante una formación inmensa de 18.000 franceses increpa con una dureza a producir escalafrios al general Legendre, el que había capitulado en Bailén. «Sólo se es militar cuando se prefiere la muerte a la ignominia». La mirada y el tono de voz del Emperador resultaron en esos momentos fulminantes. Era necesario reformar el Código de justicia militar aplicando en adelante pena de muerte a todo general que capitulase como lo hizo Legendre en campo abierto.

Cuando sale de Valladolid camino de Vitoria en su primera etapa a Burgos, hacia y mitad del camino le adelanta el Emperador en una calesa ligerísima y veloz seguido de una pequeña escolta. Daba para acelerar la velocidad grandes latigazos a sus caballos. Napoleón había cubierto la distancia de 23 leguas entre Valladolid y Burgos en tres horas y media, «record» que parecía imposible en esa época. Thiebault no comprende aquella imprudencia del Emperador, amo de Europa viajando casi solo con menosprecio a los guerrilleros que ya comenzaban a organizarse. Era la fé ciega en su destino, era todavía —añade— la suerte que aún acompañaba al César.

### CAPITULO III

#### El predecesor en Burgos

Algo anormal pasaba en Burgos. De ello se dió en seguida cuenta Napoleón durante su cortísima estancia. El cuadro sombrío de la ciudad en esos primeros días del invierno 1.808 a 9 es el que nos han dado a conocer nuestros cronistas, haciendo incapié precisamente de la apreciación subjetiva y acaso un poco novelesca por temperamento del propio general Thiebault. Así se nos cuenta como sobre las calles de la ciudad había más de tres pies de inmundicias, carroñas de caballos insepultos, miles de enfermos pestilíferos sin otro abrigo que la paja, cobijados en conventos abandonados, donde morían helados de frío y rebozados en sus propios excrementos. Mal estaba Burgos desde luego, y muy especialmente desde el mes de noviembre fecha de la batalla de Gamonal, pero sí parece que Thiebault recrease su pluma en ese tono sombrío, es posible que lo hiciese para resaltar con mayor mérito su actuación al poner poco después remedio eficaz a esas desdichas.

Gobernaba Burgos el general Darmagnac. (A) Era este un provenzal nacido en Marsella de carácter tosco, vulgar y enormemente interesado. No se sabe como había ascendido tan de prisa. Thiebault le llama el «marmítón», pues parece ser que antes de militar, encumbrado por la

---

(A) El día 24 de noviembre de 1808, la Municipalidad abre un libro: »Libro de acuerdos de la Junta Municipal de esta ciudad creado por Su majestad para el gobierno de esta ciudad«.

Comienzan por transcribir un decreto dado por Napoleón, emperador de los franceses, rey de Italia y protector de la Confederación del Rhin. Comienza así:

Primero.—Un solo individuo no puede poseer si no una sola encomienda desde 1.º de enero próximo; el que posea al mismo tiempo muchas encomiendas, designará la que prefiera gozar, quedando la otra a disposición del Rey.

Segundo.—Considerando que los Religiosos y las diversas órdenes monásticas en España se han multiplicado con exceso, que si un crecimiento es útil para cuidar del ministerio del Altar en administración de Sacramentos, la existencia de un número considerable es perjudicial a la prosperidad del Estado...

Se sigue en este decreto después un sentido Europeísta... «Españoles y franceses habéis sido juguete de los enemigos perpetuos del continente, pérfidos (parece referirse a los ingleses) que se gozan en vertir vuestra sangre. Bien pronto arrojaré ese ejército inglés enviado a España no para socorremos sino para inspiraros una falsa confianza, para perderos. Quiero reconocer lo que hay de generoso en vuestro esfuerzo (parece referirse o hacer alusión al heroísmo de los guerrilleros) pero se os ha ocultado vuestros verdaderos intereses y se os ha disimulado el verdadero estado de las cosas.

Se fecha en Chán Martín el 14 de diciembre de 1808, campo Imperial para que se hagan insertar en el Registro de los Concejos. El Secretario de Estado es Hugues Maret. También interviene el Duque de Medinaceli.

Con fecha 11 de noviembre (se transcribe este acta en el nuevo libro) Su Majestad el Rey José Napoleón, rey de España y de las Indias hemos decretado:

«Atendiendo a las circunstancias de celo, actividad e inteligencia que concurren en don Juan Ceballos, que ha contribuido al orden de la ciudad le nombramos corregidor de ella. Yo el Rey».

Forman el Concejo los señores Juan Francisco Helguera, Manuel Ordóñez, don Pablo Merino, don Felipe Abiraneta, don Tomás Puente.

En la sesión del 7 de diciembre de aquel mismo año, se expresa extensamente una patética preocupación de la municipalidad, la que para enjugar en lo posible el llanto del vecindario y tratar de alimentar a los más menesterosos ordena se recojan mendrugos de pan para preparar una especie de cocimiento o sopa gratuita que mitigue el hambre terrible de que el vecindario es víctima, así como los pobres presos de la cárcel.

El General Darmagnac todavía está en Burgos. Así se dice en una de estas primeras sesiones: «...Considerando el primero y más urgente punto para la tranquilidad del pueblo su provisión de víveres y mejor asistencia a las tropas francesas que hay en la capital, hemos acordado hacer presente al Excmo. Señor Conde de Darmagnac gobernador de esta Provincia para que se sirva aprobarlo, lo siguiente:...» Siguen varias peticiones concernientes a la salvaguardia y protección de aquellos que traen víveres a vender a la ciudad, a que no se enciendan luminarias próximas a columnas de madera que han incendiado edificios, formación de patrullas de vecinos honrados para que guarden el orden con las tropas, uniformando estos individuos con una cinta o faja blanca unida al sombrero

Revolución, había sido cocinero. Según Thiebault, Darmagnac era uno esos tipos que se dan con frecuencia en la raza mediterránea, muy sensibles al latrocinio desde las alturas, tan pronto tienen ocasión para ello. Darmagnac se había dado cuenta del provecho que podía sacar de un estado de penuria y escasez. Lo primero que organizó fue una especie de requisa de trigo y otros granos, especialmente ayudado y asesorado por un español de Palenzuela con el que hizo grandes migas en la administración y se entendieron a maravilla.

Ante el estado caótico de Burgos, ante la muerte y desolación, Napoleón pensó en las cualidades de Thiebault, y con la característica prontitud de sus decisiones le nombró Gobernador de Burgos y Capital General de la Vieja Castilla.

Menudo problema suponía para Thiebault este nombramiento. Por de pronto representaba un adiós a Vitoria donde se las prometía tranquilo y feliz al lado de su Zozotte, y luego ¿Cómo deshacer todo aquel mal causado por 60 días de ruinas y de pillajes, de incendios y de inhumanas represalias?

Napoleón había ya salido de la ciudad. A Thiebault le hospedaron en la misma habitación que el Emperador dejó al marcharse en el Palacio Arzobispal. Este palacio estaba entonces junto a la catedral. Todavía algunos en Burgos lo hemos conocido. «Cuando el nuevo gobernador entró en su habitación la cama del Emperador permanecía aún sin hacer, la mesa en desorden llena de trozos de papel y de plumas. Todo —dice Thiebault— denotaba su presencia. Durante unas horas aquella habitación había sido el centro del mundo».

Napoleón sabía lo que hacía reemplazando en la ciudad a aquel ladrón de Darmagnac (son palabras auténticas de Thiebault): «El cocinero unía a su brutalidad la incapacidad de tratar a los hombres a los que consideraba poco menos que conejos u otra clase de bestias en la ignominia de sus cálculos ¡Y decir que ese tipo estaba predestinado años después a favores muy calificados en la restauración Borbónica! Los negociantes de hombres se adaptan fácilmente a todos los regímenes y sistemas».

Un sudor frío me invadió —exclama Thiebault— después del primer paseo que dí por Burgos. La ciudad tendría unos diez y ocho mil habitantes, pero muchos habían huido y una mayoría de los que quedaron estaban enfermos y famélicos. Después del saqueo de mi predecesor, me tocó vivir en una ciudad que a su clima en invierno tan nuboso y frío se unía

una pestilencia inmundada. Todo tenía aspecto de muerte y desolación (1).

Recordemos que Burgos, la casi totalidad de la ciudad quedaba dentro de un recinto amurallado, más bien pequeño para aquellos habitantes. Poseía Burgos seis puertas, y el Barrio de la Vega, fuera de las murallas quedaba frente a la puerta principal. El Arlanzón en sus avenidas lamía casi la muralla o sus restos, entre los arcos de San Pablo y Santa María. Esos dos puentes eran entonces mucho más largos. La puerta de San Pablo, al finalizar el puente daba acceso a la gran plaza del palacio de los Condestables, que ocupaba todo lo que es ahora Plaza de Calvo Sotelo y de Santo Domingo de Guzmán, ya que no existía la

---

(1) En efecto, las notas municipales reflejan claramente esta suciedad y pestilencia de la ciudad, sus calles y sus cauces o esguebas, los caballos muertos que allí se corrompían.

El día 20 de febrero de 1809, el Sr. Gobernador de Castilla la Vieja ordena se haga una división del recinto urbano por cuarteles para su adecentamiento y limpieza.

El primer cuartel extramuros comienza en el puente San Pablo, continúa al de Santa María para allá, tomando camino abajo de Valladolid, puente Ramales, San Zoles, Santa Ana, San Pedro y San Felices, Alfareros, atravesando camino Real, Pisoneros, ermita de la Magdalena, la Santa Cruz (cruceiro de San Julián debe referirse), barrio de Santa Clara, por encima de la Quinta hasta el río, donde concluye.

El segundo cuartel principia en los lavadores de los Tomé, convento de la Vitoria, Espolón, camino de Gamonal, molino del Conde Berberana, Morco, Calzada y huertas, arco de las Margaritas, Plazuela de las cuatro torres (actual Capitanía General llamaban a esta plaza) hasta la esgueva del puente de Avellanos calle de la Paloma, Palacio Arzobispal, Caldavares, Calle de Santa Agueda, y cortando el camino de Santander lleva al mismo lavadero de los Tomé, donde dio principio.

El tercer cuartel comienza en Arco San Martín, siguiendo la calle Real (debe ser la actual de Fernán González) y Alta, sigue la Catedral, San Lorenzo el Viejo, hasta el puente de Avellanos, donde concluye.

El cuarto cuartel comienza barrio San Pedro de la Fuente, puente Malatos, molino del cauce Abajo, ermita de Rebolleda, y entrando por el arco de San Martín, cera de la izquierda, sigue la calle Real al arco de Fernán González, parroquia de San Nicolás, casa del Marqués de Castro-fuerte, calle del Hospital de los ciegos y arco de San Gil, convento de la Trinidad y San Francisco, casa Blanca y Arrabal de San Esteban.

Como se ve, esta división marca como unas curvas de nivel que, comenzando a la altura del río por el Sur de la ciudad, ascienden en dirección Norte hacia la colina del castillo.

El general Thiebault al dirigirse al alcalde Mayor ofrece colaborar con la máxima armonía con la municipalidad; «...concurrir (dice el acta) con V. E. y la municipalidad de este pueblo al bien del servicio del Rey nuestro Señor y de este mismo interesante pueblo, y hallando yo que el medio más eficaz y seguro consiste en la recíproca confianza, armonía y celo, ofrezco a V. E. los sentimientos del más sincero deseo de verlos efectuados».

En la sesión del 20 de enero de 1809 se lee el oficio del Sr. Intendente por orden del Gobernador, como queda dicho, para la limpieza de las calles y en la sesión de dos días más tarde, 22 de enero, se dan disposiciones concretas para entierros de personas y de caballos.

El acta de la división de Burgos en cuarteles, para efectos de limpieza, la transcribe también Anselmo Salvá en su libro «Burgos. Guerra de la Independencia».

hilera de casas que hoy llamamos Portales de Antón, construídas posteriormente por un espíritu mezquino de urbanización. En dicha gran plaza había un edificio donde los franceses de Thiebault instalaron los grandes almacenes de aprovisionamiento. Aparte el cuartel de caballería de la calle de Vitoria, que muchos todavía hemos conocido, en el interior del recinto amurallado las tropas de ocupación instalaron otros varios cuarteles, tales como el de zapadores entre las calles de la Moneda y la Puebla, otro en el sitio exacto que hoy ocupa el Banco Español de Crédito cuyo edificio en parte sigue todavía existiendo; el cuartel llamado de las cuatro torres, ahora Capitanía General, y todavía otro en lo que es hoy el palacio de Castilfalé.

Los comercios de Burgos permanecían cerrados y ningún mercado se celebraba.

Todavía Darmagnac antes de salir de Burgos propuso al nuevo gobernador unos negocios a medias que él había descubierto. Se trataba de obtener un impuesto lucrativo sobre cargamentos de algodón importantes que transitaban por Pancorvo. Comienza disculpándose ante Thiebault, diciendo que el Gobierno de la Región necesitaba recursos, pero en seguida trasluce la verdadera intención que le anima; es decir, la de participar en buen negocio bajo pretexto y necesidad de un nuevo impuesto. Thiebault no tiene paciencia para escucharle: «Si tuviese vergüenza y menos cinismo —dice— ya debiera ese «marmitón» haber abandonado Burgos».

## CAPITULO IV

### El Gobernador y la Justicia

El primer día de su gobierno Thiebault ha reunido a las autoridades y ha empezado por lamentar sinceramente y como cosa propia todo el dolor que la ciudad había sufrido. En seguida distribuye su tiempo; a las ocho de la mañana consejo de hospitales con la asistencia de médicos, cirujanos y farmacéuticos de la ciudad. A las nueve recepción de todos los oficiales que tenían que dar cuenta de su cometido; a las diez consejo con el Comisario mayor de la plaza. Por la tarde después de la comida, Consejo de Gobierno, compuesto por el alcalde, comisario de policía e intendente de Finanzas. Entre las autoridades el nuevo gobernador apreció mucho al burgalés intendente Sr. Blanco Salcedo.

De la violencia y el terror nada se puede obtener —dijo a los suyos— los asesinatos a sangre fría por venganzas deshonoran a un militar y ni en los casos más graves pueden estar justificados.

Hizose informar debidamente de los recursos verdaderos de la provincia, y por métodos más justos y de convencimiento intentó y consiguió, con urgencia, abastecer a Burgos. A este respecto el intendente de Finanzas escribía al Conde de Cabarrus: «Tenemos un nuevo Gobernador que pretende cambiar el estado de la provincia lo que está por encima de sus fuerzas». Seis semanas después ese mismo intendente decía: «Lo que aquí está ocurriendo es un milagro». Efectivamente, pero durante esas seis semanas Thiebault no se había desnudado y tumbado en cama más de tres veces.

Paul Charles Francois Thiebault, tenía entonces como hemos dicho 40 años. Había nacido en Berlín, el año 1.769 donde su padre daba lecciones de gramática y francés. Diosdado, que así se llamaba su progenitor, era francés, natural de los Vosgos, y no solamente había sido educado en el mayor temor de Dios y en un espíritu cristiano por los Jesuítas, sino que él mismo entró en aquella Orden religiosa, no renovando a última hora sus votos. A su hijo Paulo le educó en el mismo espíritu cristiano. De muy joven emprendió Paulo la carrera de Derecho por la que sentía verdadera vocación, cuando surgió la Revolución francesa, cuyas ideas sin aprobar en su esencia, sí le sedujeron en lo que tenían de sana evolución que el mundo necesitaba, enrolándose por necesidad inmediata en la carrera improvisada de las armas.

Thiebault, en efecto, tenía un espíritu de la justicia pura y universal cristalizado en él desde sus primeros estudios. Lo primero que organizó en Burgos fue un Tribunal Superior de Justicia para conocer de todas las causas y resolver en última instancia. El tribunal era mixto y se componía de un corregidor, del intendente de Finanzas, del Alcalde, de tres magistrados de calidad, de dos jueces instructores encargados de resumir causas y litigios, de un comandante de plaza, y como presidente el propio General Thiebault aquel Tribunal tenía sus sesiones los miércoles, trabajando casi sin descanso desde las ocho de la mañana a las ocho de la noche, después de haber visto un promedio de más de cuarenta causas por sesión y día.

De toda la provincia acudieron en seguida multitud de personas para dirimir sus pleitos y diferencias, lo que sirvió para poner a Thiebault en contacto directo con todas las gentes, aún las más humildes, a las que trató siempre con especial predilección y simpatía. Lo que más favorable efecto causó fue la celeridad y gratitud de la justicia, su aspecto especialmente conciliatorio y patriarcal, imitando algo de lo que creían había sido aquella justicia de los primitivos jueces de Castilla; mitad gobernantes, mitad magistrados, mitad consejeros. Que la justicia resultase



gratuita es lo que mejor impresión causó en un país en que tenía fama de ser la más cara y lenta del mundo (2).

En los conflictos entre los habitantes de Burgos y el ejército se inclinaba por la especial situación y por consejo de Thiebault a verter más severidad sobre los soldados. A los pobres que venían de lejos para seguir sus pleitos —insiste el General— no sólo no les cobrábamos nada, sino que además en muchas ocasiones les otorgaba de mi peculio particular algún subsidio.

Puesto a analizar aquella justicia es verdad que pudiéramos tildarla de no ser enteramente independiente o autónoma, pero el caso es que tuvo popularidad, porque en suma, la eficacia de la justicia como de otras muchas cosas depende mucho más de la capacidad y agilidad de unos jueces que de la rigidez y perfección de un sistema.

Esto me granjeó —continúa el general Thiebault—, simpatías insospechadas hasta el punto que en una ocasión que me ví obligado a salir de Burgos para perseguir a unas guerrillas me adelanté imprudentemente y casi sin escolta en un pueblo de la sierra. Cuando creí que nos iban atacar y ya me preparaba a la defensa resultó todo lo contrario: había sido reconocido por varios de aquellos amigos que dirimieron sus diferencias en la Sala de Justicia y no sin gran sorpresa nos obsequiaron con pan y vino para nuestros soldados. Mientras mis pocos acompañantes comían, tuve la idea de hacerme afeitarse por un barbero que, en mi fuero interno, estaba seguro que pertenecía a alguna guerrilla. Le entregué mi cuello con serenidad. ¡Qué ocasión para su patriótica causa de degollar al Gobernador de Burgos! Me parece verle temblar de emoción y dudas mientras me afeitaba. Le demostré mi sincera amistad, y además le pagué como jamás le había pagado ninguno de sus clientes.

---

(2) No he encontrado en las actas, repasadas con bastante detenimiento, ninguna alusión hacia ese tribunal de tradición primitiva castellana a que alude Thiebault en sus memorias.

Hasta la Junta ordinaria de 22 de enero de 1810 no se da cuenta de un decreto Nacional de 23 de diciembre de 1809 por lo que se ve que este decreto dimanado de Madrid es muy posterior a la Justicia local que el General creó en Burgos.

«José Napoleón por la gracia de Dios etc., hemos decretado y decretamos. Atendiendo a la necesidad de fijar desde luego un sistema provincial de administración de Justicia en las apelaciones que se interpongan de Jueces de 1.<sup>a</sup> instancia, etc.

Las apelaciones de cualquier clase de los tribunales inferiores de fuera de Madrid y su territorio jurisdiccional de las diez leguas, se interpondrán ante las respectivas audiencias o Chancillerías territoriales».

El tribunal que primero creó el General con su entera independencia de la administración central, debió en efecto estar inspirado en los antiguos Jueces de Castilla, casi independientes de León.

## CAPITULO V

### El monumento al Cid

A dos leguas y media al Sur-Este de Burgos hay una especie de desierto de Tebas lejos de ruta frecuentada, donde se asienta el Monasterio de San Pedro Cardeña. Allí Felipe V el primer borbón de España, un Anjou nieto del gran rey de Francia Luis XIV, cien años antes había mandado elevar una capilla y un sepulcro para Jimena y Rodrigo pegada a la vieja nave del Monasterio. Este sepulcro lo profanaron soldados franceses que entraron en Burgos, o acaso se destruyó bajo las órdenes de Darmagnac creyendo que en el interior encontraría joyas.

Es preciso —dijo Thiebault— que manos franceses deshagan el entuerto. Como el convento estaba exclaustrado había que pensar en preparar una tumba monumento en el mejor sitio de Burgos. Entre el Paseo del Espolón que entonces era muy estrecho, y el cauce normal del Arlanzón existía una pradera que se extendía en declive de puente a puente. El Gobernador juzgó que ese era el lugar adecuado para la tumba del héroe. Se hacía preciso defender el cauce por unas arboledas, en parte ya existían, pero Thiebault las completó con plantaciones de chopo italiano.

El Gobernador abandonó en seguida su alojamiento en el palacio arzobispal. En el Espolón, no lejos de la puerta de San Pablo, había una casa de fachada suntuosa de piedra de sillería, muy soleada y alegre. Detrás quedaba un pequeño huerto que regaba una esgueva que descendía descubierta y encauzada desde desde los vados de los ríos Pico y Vena, por lo que hoy es la calle de la Moneda, y atravesando en parte cubierta la hoy plaza de Calvo Sotelo, desembocaba en el Arlanzón, frente a la casa que el General eligió para su residencia. En la planta baja de aquel edificio se habían instalado las oficinas de correos o postas cuyas gestiones para desalojarlas le costó algún trabajo a Thiebault. Le gustaba la casa y el lugar, y sobre todo pensaba que le placería mucho a su mujer a quien quería traer de Francia.

Un día, en solemne procesión cívico militar religiosa se trasladaron de Cardeña a Burgos los huesos del Cid y de Jimena, y mientras el monumento se preparaba Thiebault para mayor seguridad los guardó al pie mismo de su cama.

El General era un enamorado del héroe castellano. Por Francia corrían muchas leyendas del Cid más o menos poéticas, pero ninguna otorgó mayor fama al guerrero burgalés que la tragedia de Corneille. También trata en sus Memorias de un cuadro de Velázquez que existía en Cardeña y que representaba al Cid a caballo. Que el cuadro existiese

parece lo más verosímil, pero su atribución a Velázquez debió ser una pura ilusión del General que gobernaba Burgos.

El monumento, en el centro de la pradera tenía acceso mediante dos rampas simétricas en forma de media luna. Cuando estuvo terminado se depositaron los huesos en cofres seguros y de todo ello se levantaron actas. Se hizo una inscripción latina que traducida al castellano, decía: «LOS GRANDES HOMBRES PERTENECEN A TODO LUGAR A TODO TIEMPO A TODOS LOS PUEBLOS». (3)

(3) Carta original del General Thiebault a su Majestad Católica José I, transcrita en francés en el mismo libro de actas del municipio:

«Sire j'appris il y a trois jours que le tombeau du Cid placé á trois lieues de Burgos avait été meconnu et dégradé.

Je résolu de reparer sur les lieux même les effets honteux d'un delire cupable et je me rendu en conséquence avant hier á Cardaña, mais quelle fut mon horreur en trouvant le tombeau entierement démoli et les restes de ce héros épars et dispersés.

Cette vue j'ai eu l'idée que ce couvant était destiné á devenir bientôt une propriété particuliere.

Je juge devoir rassamblar cet ossements épars empecher qu'on ne profite de l'abandon dans lequel ils étaient, pour achever de les enlever ou de les detruire les oter de ce desert où de peu de monde on pu les rendre hommage, les déposer en un lieu sur, et réedifier le tombeau du Cid á Burgos même, afin de rapprocher sa tombe de son berceau, afin qu'elle soit rendu á sa ville natale, et afin qu'elle devienne un monument public propre á faire ou a fortifier dans l'áme de cette partie de vos sujets des sentiments qui les rendent dignes de votre regne auguste.

Sire cette pensée qui me parait concilier toutes les convenances qui attestent que les francais révérent les héros dans tout ce que les rappelle et qui semble faire une impression hereuse á Burgos a été executé en partie.

Accompagné de monsieur l'intendant (Blanco Salcedo) et du seul benedictin qui reste ici du couvant de Cardaña, des officiers superieurs de la place et de l'architecte de Burgos je me suis rendu ce matin á ce couvant, j'ai fait envelopper les ossements du Cid dans un linceul et je les ai raporté chez moi. On va de même transporter á Burgos les debris de son tombeau et ils seront rassamblés au milieu d'une plantation d'arbres que j'ai fait faire entre les deux ponts, et l'honneur d'y réedifier le tombeau de Cid et d'y replacer ses depouilles mortelles avec toute solemnité que peut offrir une ceremonie Civile, religieuse et militaire sera deja pour moi une grande recompense des travaux par les quels depuis que je suis ici je me consacre a plus grand bien de cette province; c'est á dire au service de votre majesté.

Je suis avec un profond respect. Burgos le 3 Mars 1809 Le General Gouverneur de la Vieille Castille Thiebaut.

Respuesta que obtuvo de José Napoleón I, está Carta.

«Le ministre des Indes, et par interin des affaires du culte, de sa Majesté Católica á Monsieur le General Thiebault Gouverneur de Castille:

Monsieur le Gouverneur: Sa majesté ayant pris lecture du mémoire que vous lui avez adressé sous la date 3 courant m'a chargé de vous faire connaitre sa satisfaction des mesures que vous avez prises pour conserver les precieux restes du Cid, et je me felicite d'être au prés de vous l'organe de royale approbation. Je saisis avec empressement cette

Pocos días después de esta ceremonia, cuando Thiebault contemplaba con admiración el monumento del héroe desde la ventana de su cuarto le anunciaron la visita de un historiador erudito quien pretendía desengañarle, diciéndole que el Cid era un personaje puramente legendario y que jamás había existido,

Un insulto personal a Thiebault o la noticia súbita de una desgracia familiar no hubiese provocado mayor consternación en aquel hombre. Si a una persona consagrada a Cristo viniese alguien creyéndose investido de autoridad y prestigio religioso a decirle que Cristo no había existido, no hubiese provocado mayor reacción que al General produjo aquella afirmación tan gratuita.

¡Eso no es posible, eso no es posible! —Repitió consternado—. Inmediatamente durante varios días consultó obras y se puso en contacto con

---

occasion de vous offrir l'assurance de ma haute consideration. Madrid 11 Mars 1809  
Signe M. J. de Aranza.

Discurso para la inauguración de la tumba del Cid que el General Thiebault redacta de su puño y letra para ser leído publicamente.

Monsieurs il n'y a aucune prescription de temps, aucune choix de lieu pour celebrer la memoire des hommes qui ainsi que le Cid apportent á l'histoire des nations, c'est a dire á l'immortalité.

Le temps aura achevé de devorer ces restes precieux que nous venons inhumer. Le temps aura effacé jusqu'aux traces de ce monument il en aura comme deerniers vestiges que le souvenir du Cid toujours present; ce qui revirent les héros sera encore dans ces contrées et dans le reste du monde l'objet de l'admiration publique et lien des exemples les plus chers aux braves.

Malgré cela monsieurs comment ne pas être plus fortement emu lorsque au lieu même de sa naissance, la où les qualités se developperent sous les yeux des descendants ses concitoyens on ransamble ce qui reste de sa depouille mortelle et le tombeau qui en fit et qui en est encore dépositaire, et lorsqu'on marie ainsi au souvenir des faits glorieux qu'illustrerent sa vie tout ce qui de ce héros peut encore frapper nous regarders.

Quelle brillant qui soit la serie des faits que renferme l'histoire du Cid je ne vous en appalleraí par le detail; ce seraí vous faire une injurie. Qui de vous ne les a pas lu avec avidité, et qui de vous ne les conserve pas comme depot sacré dans sa memoire?... Qui de vous en effet ignore l'epoque de sa naissance, les circonstances particulieres, son education, la maniere dont il debuta dans la carrière des armes, les princpales actions de sa vie, l'epoque, ainsi que le lieu de sa mort?... Qui de vous en idée n'entoure par son nom de tous les lieux marqués par ses victoircs et n'informe pas pour lui si je puis m'informer ainsi une aureole de gloire?

Mais monsieurs si je m'abstient de tout detail sur la vie de ce héros je ne dois pas omettre de parler de celle qu'après l'honneur fut ce qu'il eut de plus cher et qu'avec la gloire parttegea son coeur et ses pensées. Oailleurs rappeler Chiméne n'est pas sortir du cercle glorieux qui nous rappelle le Cid. Les héros dennoblissent encore paar les passions mêmes que par fois égarent les autres hommes, tout reçois de leur áme un caracteur qui le leur est propre, ainsi commentrions nous un sacrilege si nous ne rappelons en même temps ces deux personnages illustres dont leurs noms sont accoplés par l'histoire, qui se sont

otros historiadores hasta rehacer en su conciencia al heroico personaje que tanto había penetrado en su corazón de soldado. Desde entonces el Gobernador, que no era muy aficionado a leer como él mismo lo confiesa en otro lugar de sus memorias, lo que no le impidió de escribir más de treinta volúmenes, malgastando parte de su tiempo, se multiplicó en esfuerzos para rehabilitar y dar a conocer por todos los medios a su alcance la excelsa figura cidiana. Se aplicó además a aprender un castellano perfecto, y ayudado de un sacerdote francés que residía desde hace años en Burgos, emprendió la tarea de traducir Cervantes y Quevedo. A este último, por su espíritu crítico y mordaz, le consideraba Thiebault como el Voltaire español. Yo más bien diría que el propio General era en sus críticas algo valteriano.

*honoré l'un à l'autre qui marchent ensemble à travers les siècles qui n'ont qu'un tombeau et que la mort n'a pas séparés.*

*!Exemple touchant, et de gloire et d'amour, souvenir cher et consolant que nous appellons la beauté couramant la vaillance, et le héros vaincu par la beauté!*

*Consacrons donc ici et dans les mêmes reregrets les mêmes hommages la même admiration sur Chiméne et sur le Cid.*

*Monsieurs des considerations qui tenaient autrefois determinaient Philippe —V— à faire construire à Cardaña le tombeau du Cid et de Chiméne. Des motifs que j'espère seront de tous l'on fait reconstruire ici après en avoir rassemblé les debris.*

*Tout semble en effet justifier cette traslation puisque par elle ce tombeau retiré d'un lieu inconnu à la plus part de voyageurs, et où même il avait été detruit enlevé au propriétaire futur de Cardaña et rendu à l'Espagne et à la ville natalle de Burgos est placé pour ainsi dire dans la sauvegarde publique on peut donc penser que cette traslation sera approuvé par la posterité comme par nous contemporaines; car monsieurs, on ne peut rien faire de relatif à un grand homme sans se traduire au tribunal de l'opinion, et sans devoir compte de ce que l'on fait à tous les peuples, et des temps presents, et des temps avenir» Signé Thiebault».*

Este discurso debía pronunciarse el día 19 de abril a las 4 de la tarde. Thiebault afirma, y figura su afirmación en la relacion que se hace ante el Concejo, que se había asesorado de un sabio Agustino español de todo lo que tenia de verdadera y demostrada la historia del Cid, libre de fabulas.

Hay un acta municipal en la que se acuerda oficiar al Intendente Blanco Salcedo (Este señor era y hacia como una especie de intermediario entre el Concejo de Burgos y general Thiebault) manifestando la imposibilidad en que se halla la municipalidad de contribuir con ocho mil reales al monumento del Cid, y se reintegran al Gobernador las cantidades obtenidas de las listas de suscripción, la 1.<sup>a</sup> de 480 reales, la segunda de 900 reales.

En la sesión municipal del 17 de agosto de 1809 presentan una reclamación de Hilario Palomar e Ignacio Regalado, pidiendo resoetuosamente se les adelanten por lo menos una parte de lo adeudado, por haber pintado las rejas y las letras del panteón del Cid y su difunta esposa.

## CAPITULO VI

### El Cuerpo de Intendencia

Burgos resurgía en limpieza y en sanidad. Una relativa calma en las guerrillas permitía por otro lado este resurgimiento. Thiebault había conseguido instalar un magnífico hospital modelo a las mismas puertas de la ciudad. Yo supongo (acaso esté equivocado) que este hospital debió quedar al comienzo de la actual calle de Vitoria donde está al presente el regimiento de Intendencia, o acaso también detrás de la Merced en un viejo edificio de aquel monasterio, lugar que ahora ocupa poco más o menos el garage Orly. La realidad es que no me he tomado la pena hasta ahora de identificarle.

Era suficiente para quinientos enfermos. Se emplearon medios de desinfección muy modernos por emanaciones ácidas que había descubierto hacía poco un químico de Dijón, llamado Guyton. A los enfermos se les desposeía de la ropa mientras quedaban hospitalizados; la ropa también se desinfectaba y se repasaba; por fin, a los convalecientes se les daba un baño antes de abandonar el recinto.

El ecónomo de aquel centro era un tal Latude que según el Gobernador, años antes, se había hecho célebre en París, en La Bastille. Un día Latude dijo a Thiebault: Mi General, estoy convencido que alguien nos roba por la noche. Víveres y ropa desaparecen. Una minucioso investigación dio como resultado coger infraganti al propio administrador del hospital, el que a su vez estaba salvaguardado por la Intendencia.

Thiebault montó en cólera: ¡Esto es inaudito, esto es inicuo! Pero convencido del hecho prometió un escarmiento sonado, para lo cual convocó un consejo de guerra contra el administrador y varios oficiales complicados en el asunto. La víspera en la que el juicio sumarísimo iba a tener lugar se recibió un aviso del Estado Mayor de Madrid ordenando se aplazase el juicio y determinando que este caso había de juzgarse en Madrid y no en Burgos.

Entonces el Gobernador se da cuenta que existe una trama culpable, vergonzosa e inicua, en la cual está complicado todo el cuerpo de Intendencia. La Intendencia —añade— «ahora lo veo claro, tiene un espíritu de Cuerpo del que carece el resto del ejército. Se ayudan y se protegen entre sí, todos se tapan sus faltas mientras que los generales de las otras armas por envidia se acusan y se condenan entre ellos».

Thiebault era justiciero y testarudo como hombre de honor perfecto. Al fracasar su gestión en Madrid acude personalmente a París en viaje rapidísimo con objeto de entrevistarse con el Ministro del Ejército, quien

al conocer el caso se indigna y da buenas palabras al Gobernador de Burgos. Pero todo en vano. Aquel hecho quedó sin castigo, el juicio resultó una pantomima y Thiebault recibió el primer desengaño fuerte de su vida. ¡El, que por suerte del destino vivía hasta entonces en un mundo que a causa de la Revolución creía en posibles y rápidas perfecciones; él, que soñaba con caballeros ideales como el Cid, con jueces perfectos como Laín Calvo y Nuño Rasura; él, que tenía el ensueño o el ideal de un caballero andante, nada de esto era ya posible bajo el Imperio.

## CAPITULO VII

### Una carta fechada en el Purgatorio

Un día —sigue relatando el General en sus memorias—, oyendo misa, lo que hacía siempre Thiebault antes de emprender su trabajo sintió en la iglesia el olor de una emanación cadavérica. El General aprovechaba la hora del oficio divino para pensar y meditar mediante una inspiración las decisiones del Gobierno que había de tomar duran el día. Inmediatamente puso en práctica la idea de habilitar una huerta grande que había en las afueras de Burgos donde hoy está la Escuela de Comercio (Convento de San Agustín) para cementerio, (4) pero por suerte, apenas aquella resolución publicada acababa de fallecer un canónigo en

---

(4) En la sesión del 16 de marzo de 1809 figura un acuerdo para que se tase e indemnice a Doña Manuela de Abajo arrendataria de la huerta que se ha elegido como cementerio enfrente del convento de San Agustín (corresponde al solar de la antigua alhóndiga hoy grupo de casas de la Caja de Ahorros Municipal).

En el acta de la sesión del día 1 de febrero de 1810 se expone que algunas personas habían observado que el cementerio frente al convento de San Agustín exalaba fetidez, sin duda dimanante del entierro de cadáveres, lo cual podía corromper el aire con gran perjuicio para la salud pública especialmente en tiempo de calores por lo que debieran advertirse a los sepultureros profundizasen los hoyos. Se transcribe un informe que dice que dada la distancia del cementerio a las primeras viviendas de la ciudad, había que disipar toda sospecha de infección. Los miasmas pútridos que exhalan la corrupción de sustancias animales sepultadas en cierto recinto de atmósfera aislada, no pueden afectar más que a los vivientes que habitan dentro de esta misma atmósfera, o muy cerca de ella, por que estos corpúsculos son bastante pesados para extenderse a más distancias que la de doscientos pasos del indicado cementerio, y dista mucho más el poblado. Las ventilaciones de que goza este paraje están libres y abiertas a todos los vientos y principalmente a los más puros y saludables como los del norte. Estos aires disipan las exhalaciones "mephíticas", aumentando el oxígeno que es la base vital la vegetación que rodea la circunferencia del sitio.

Se acuerda que las sepulturas se hagan bien hondas y si se pudiese que los cadáveres se cubran con una capa de cal viva, para evitar que los animales carnívoros (en Castilla, en algunos lugares, hay creencia que las liebres son carnívoras y se alimentan de cadáveres hu-

la ciudad. Inmediatamente todo el cabildo le pidió se hiciese excepción con ese difunto por su alto carácter sacerdotal. Thiebault les dejó hablar sin interrumpir largamente, ya que parece ser, tenía la excelente cualidad no muy frecuente en los hombres de saber escuchar con atención y calma, y a ello se debía seguramente muchos de sus éxitos.

«Si autorizo este enterramiento en la iglesia —pensó— dejo ya la puerta abierta para todas las excepciones. Cada uno podía alegar la suya; si lo impido me granjearé la enemistad del cabildo»: «Señores —dijo a los canónigos— se trata de un bien público de importancia vital para la ciudad. La Providencia ha señalado precisamente como para abrir camino y dar ejemplo a un hombre consagrado a Dios. Demos gracias al Altísimo por este honor que nos ha inesperadamente señalado». Y el cadáver de aquel canónigo fue el primer huésped del cementerio de San Agustín que pronto iría poblándose.

Thiebault tenía una fe cristiana de cepa pura y sólida. Su moral, como veremos después, acompañaba a sus creencias, lo que casi siempre procuró hacer compatible con sus duros deberes militares. Tenía animadversión; acaso en esto algunas influencias de la Revolución se lo infundieron, a lo que el espíritu cristiano tuviese de privilegio o de exaltación de clase sacerdotal y a la vez no resultase concordar con el Evangelio. El, mismo, nos cuenta que estando poco tiempo después de Gobernador en Salamanca amenazó con encarcelar y desterrar a un monje de aquella ciudad del Tormes, llamado Manuel Riesgo, porque este hombre pretendía nada menos que demostrar con hipócrita intención que recibió una carta fechada en el purgatorio del marido de una señora que había fallecido recientemente, encomendándola que para aliviar su alma de los terribles sufrimientos que estaba padeciendo en ese lugar de expiación, y a la vez para salvar la de su esposa, debía aquélla de entregar la fortuna que el difunto le legó en beneficio de unas obras pías o nuevas devociones que aquel monje llevaba entre manos. Enterado Thiebault persiguió al fraile con el mismo tesón que había intentado hacerlo con respecto al administrador e intendentes del hospital militar de Burgos, lo que promovió escándalo no pequeño en Salamanca.

---

manos que buscan en los cementerios), pueden entrar a descubrir los cuerpos y arrastrar sus podridos fragmentos fuera del recinto, sería conveniente levantar más sus murallas. Firman este informe técnico que figura en el acta los doctores Luis Gómez y Pedro Laredo

Como vemos, no se pierde detalle macabro para este informe sanitario. Unos buenos muros en el recinto de los muertos y unas buenas puertas de la ciudad, como vemos en otro informe sobre la peste, se estimaban como excelentes medidas higiénicas para prohibir la entrada de miasmas e microbios.



## CAPITULO VIII

### Zozotte

Zozotte hemos dicho que era la esposa de Thiebault. A lo largo de sus memorias no perdona ocasión para hablarnos de esta mujer de la que él estaba muy entusiasmado, y que consideraba además fémina de grandes ocurrencias y de espíritu fino, inteligente y artista. Cuando pocos años antes (la vida de aquellos hombres era de extraordinaria actividad y movimiento) estuvo en Franfort y de gobernador en Fulden; en la primera de dichas ciudades germanas había sido invitado a un baile de máscaras que organizaba la Emperatriz Josefina. Zozotte estaba en París esperando un hijo. El capítulo que describe y que titula «*Ma fidelité a Zozotte*» es delicioso, y en él nos hace conocer aquella época desenfrenadamente galante de los jóvenes oficiales de Napoleón, a quienes ninguna bella del mundo se les resistía; es más, ellas mismas consideraban un honor ofrecerse en holocausto, por lo que más de uno de estos oficialitos poseyó verdaderos harenes de damas importantes. En la corte de Josefina había dos mujeres de particular fama y belleza: la una se llamaba Hortensia, y tenía un niño de seis años que era el vivo retrato de Napoleón. Era —como observa Thiebault— un Napoleón, no un simple Bonaparte. La otra dama parecía un portento de hermosura y de gracia, y se llamaba mademoiselle Stephanie de Beauharnais. Esta ilustre dama imperial, unas horas antes del baile, le dijo a Thiebault: Yo estaré vestida de tal y cual forma y llevaré un pañuelo de tal color en mano. No dejará mi general de ser mi pareja durante el baile, y se despidió dándole un beso. Thiebault quedó un poco perplejo, esto acaso quisiese decir mucho, acaso nada. Un beso entre franceses no tiene en realidad gran importancia. Le prometió acudir al baile y buscarla. Al quedarse sólo reaccionó valientemente, y pidiendo ayuda al Cielo; lo dice él mismo con estas palabras: actuó como lo hiciera San Antonio en sus célebres tentaciones del desierto. Desde luego no fue al baile. Pocos días después la corte estaba de luto. Aquel niño de Hortensia, niño extraordinario, y precozmente inteligente, a quien consideraban hijo y sucesor de Napoleón moría, y esta muerte y los contrastes absurdos de la corte, era un motivo de meditación profunda para Thiebault que, a pesar de su espíritu salpicado con muchas de las ideas de la Revolución, era en el fondo un auténtico hijo espiritual de San Ignacio.

Para recibir a su esposa el Gobernador arregló a la francesa algunas

de las habitaciones de la casa del Espolón (5) (esta casa debe identificarse con la que hoy es el número treinta que tiene un portal grande y un estanco en su interior). Zozotte andaba ya camino de Burgos, pero apenas pasó la frontera, no se sabe si por las historias tremendas que circulaban sobre los ataques, por sorpresa que hacían los guerrilleros o porque llegaba en primavera estación casi siempre desagradable en esta tierra, y a los pocos días, con gran sentimiento de su marido, no pudo resistir el ambiente de Burgos. El cielo estaba triste, casi constantemente nuboso. Burgos era húmedo y helador, cualidades climáticas que las vemos confirmadas posteriormente en otros viajeros franceses del siglo XIX, tales como el Barón de Davilliers y el fundador de las conferencias de San Vicente Paúl, Onemezan. Las gentes, la mayoría parecían muy pobres, y a Zozotte se la antojaban que iban vestidas de andrajos. No bastó el caballo magnífico que el Gobernador puso a disposición de su esposa para que se pasease ¿Para qué? si el clima no permitía salir de casa, ni bastaron las visitas de una joven agradable burgalesa a la que desde el primer día llegó a estimar Zozotte y que se llamaba Prudencia Olave. Un «caphard» una especie de neurastenia sin límites se apoderó de la gobernadora y pidió suplicante a su esposo que la permitiera volver a Francia, a lo que tuvo que acceder Thiebault, no obstante la medida tan poco política que suponía esa especie de huida.

## CAPITULO IX

### La sierra de la Demanda

Thiebault se ve obligado a hacer una campaña contra los guerrilleros y por un momento cree poder dominar aquellas bandas que solían guare-

---

(5) En el acta de la Junta ordinaria del 29 de enero de 1810 se hace referencia a esta casa del Gobernador que él describe en sus memorias.

...«el señor Corregidor hizo presente que mediante obras hechas en la casa del Excelentísimo General Thiebault, gobernador que fue de Castilla la Vieja, los utensilios y ropas que se le han suministrado para el servicio de su casa por esta municipalidad los cuales se necesitan para la casa del actual Gobernador, y teniendo noticia de que está para marchar el señor Thiebault, será conveniente y aun indispensable acudir a recogerlo. Enterada la Junta acordó que por el criado obrero de la ciudad acuda con la nota de los efectos al mayordomo de su excelencia, etc.

En esa misma acta se da cuenta que el comandante del Castillo pide se le arreglen y pinten sus habitaciones.

Hay también una instancia de José Díaz Mendibil, cerero, para que se le paguen las cuentas de bujías que había suministrado al General Thiebault hasta el 26 de junio de 1809 por orden del corregidor y se le adeudan 549 reales y 14 maravedises, que unido a 24 vclones, también entregados por orden del corregidor en 29 de octubre de aquel mismo año para iluminar la casa del Señor Gobernador, suman ambas partidas 1,234 reales y cinco maravedises.

cerse en las sierras burgalesas. El General para ello emplea el mismo procedimiento de los guerrilleros. Se decía en Burgos que había tres agrupaciones de estos patriotas que mantenían la rebelión en estas montañas. Thiebault en los últimos días de junio (6) preparará la expedición que ha de perseguirlos y se vale para ello de los celebres Chasseurs de Nassau. Parte eran de caballería, y parte de infantería ligera o "voltigeurs". Toda la táctica de la operación la reservaba el general in mente. Nadie, ni siquiera sus ayudas de campo conocían su plan guerrero. Las órdenes más contradictorias daba sobre la marcha y contra-marcha de sus fuerzas, y se sacrificaban, previamente estudiados, algunos cargamentos. Thiebault por su benigna actuación en Burgos se había granjeado no pocos amigos hasta entonces, pero por desgracia para la causa de la Independencia consiguió también algunos espías del país que hicieran posible esta expedición contra las guerrillas en sus escondidos vericuetos de la sierra.

Thiebault relata ampliamente lo que él cree tres éxitos guerreros; uno de ellos de relativa importancia contra los hombres de Villacampa. Por fin también nos cuenta la toma rapidísima y casi inesperada de Logroño, ciudad que hasta entonces no habían ocupado los franceses.

Un día sale de Burgos con sus cazadores de Nassau. Había entre ellos algunos alemanes muy aguerridos. Llevaban el camino de Celada; suponemos que se trata de Celada de la Torre porque dice que habían tomado la carretera del Norte. En este pueblo tuercen hacia el Este; es decir, hacia los montes de Oca, donde un guerrillero vigía a quien sorprenden, porque el grupo de Thiebault hablaba muy alto, y con intención se expresaba en perfecto castellano. Perdonan la vida aquel hombre a cambio de unos datos útiles, lo que les permite alcanzar de noche y por sorpresa a un núcleo de la guerrilla, la cual quedó casi aniquilada cerca de Santo Domingo. Estos actos de guerra, tanto de uno como de otro bando, eran terribles y sin cuartel. Después de la refriega sólo quedaban muertos agonizantes entre los vencidos. De Santo Domingo de la Calzada retroceden, contra todo lo esperado, hasta un pueblo sito unas cuatro

---

(6) Esta ausencia que coincide con la expedición del General a la Sierra, queda reflejada en algunas actas.

En la Junta del 2 de julio de 1809 hacen saber la petición del Gobernador interino al Municipio de la reconstrucción de cuatro puertas que sirvan para cerrar bien la ciudad evitando (esto es curioso) el paso de la peste que se ha anunciado en la ciudad de Zaragoza. Se entiende claro para vigilar la posible entrada en el recinto amurallado de enfermos apestados que pudieran contagiar la enfermedad.

El 31 de julio se ordena la corta de todos los árboles del monte Gamonal para proveerse de leña y que no puedan guarecerse los guerrilleros.

leguas al Sureste, un lugar —dice— donde se tejen paños. Thiebault no lo cita cuando escribe sus Memorias; no se acuerda más que era un pueblo muy industrial al pié de una altísima montaña. Es de suponer se tratase de Ezcaray, o acaso más exactamente Pradoluengo. Sin apenas aprovisionarse, y por datos que ha recibido de sus espías, Thiebault a media noche ordena a sus tropas la larga travesía de la Sierra.

Nos elevamos —dice— por la vertiente Norte de la montaña atravesando bosque de hayas. Teníamos que recorrer una distancia muy grande para alcanzar desde allí los pinares de Quintanar de la Sierra. Eran los días más largos del año. Algunos neveros coronaban todavía las crestas. «Dejamos atrás los hayedros. En esa vertiente de la montaña, no obstante estar en verano, hacía un frío intensísimo. Al trasponer las cumbres era ya mediodía de la siguiente fecha. Cuando más cómodamente andábamos sobre la enorme extensión de aquellas amplias cimas sentimos un céfiro que nos enviaba los aromas deliciosos y penetrantes de no sé qué flores olorosas que del otro lado crecían. Toda la columna ante ese paisaje, ante esos olores experimentaba un hondo placer y ensanchaba para respirar mejor sus pulmones. Por fin llegamos a los pinares».

Aquí se entusiasma el General todavía más en el relato de sus Memorias. No había visto nada por el estilo y textualmente dice: «Sin duda estos bosques de Quintanar son unos de los más extraordinarios y extensos de Europa; nada hay comparable a la belleza de esos árboles seculares y al espesor ciclópeo de sus troncos y de sus ramas. No se apercibían caminos ni huellas de rodaje, ni siquiera sendas. Se diría que aquello perduraba en el mismo estado de la creación del mundo. Andaríamos tres horas por esa singular selva cuando entramos en otra no menos hermosa; otro verdadero bosque virgen de robles gigantes, extendiendo y entrelazando sus ramas colosales en forma de bóveda. El suelo en aquel lugar estaba cubierto por un césped extraordinario; se diría más azul que verde; era un césped uniforme como un tapiz que recibía la poderosa luz de la meseta a través de la filtración arbórea que producía en el suelo efectos fantásticos. A mí se me antojó uno de aquellos templos de las «Druídes». Jamás un monumento de esas diosas se hubiese enorgullecido de tan singular belleza. En esos momentos yo me sentí invadido por un sentimiento religioso ante lo que Dios en esas montañas había creado. Un grito de admiración se escapó de todas las bocas y se elevó al cielo como un himno de agradecimiento al Creador». Estas literales frases del autor de las Memorias merecían bien ser conocidas por los burgaleses y los amantes de nuestra sierra (véase página 362 tomo IV de la edición en París 1896).

Es posible que treinta años después, cuando Thiebault escribe estas

impresiones algo fijo había quedado en la conciencia de aquel hombre que su condición de guerrero unía la sensibilidad de un artista. Acaso en el momento de escribirlas el romanticismo que hacia el año 1.830 se estaba desorrollando en Francia de una manera muy pujante, consiguió dar una forma definitiva a la evocación de aquel recuerdo de guerra en los bosques de Quintanar. El gusto a la naturaleza la dió precisamente el romanticismo. Jean Jacques Rousseau, el predecesor o inspirador romántico del siglo XIX, en los valles poco elevados de los Alpes, porque Rousseau nunca subió a las alturas, nos da ya algunas descripciones de la naturaleza muy bellas y muy hondas pero que, analizadas, son menos concretas y acaso menos experimentadas que las que sintió Thiebault en nuestras montañas burgalesas.

Dicen que de Quintanar pasaron a Palacios de la Sierra sin encontrar enemigo. Ya sabía el General, de antemano, la huída de los guerrilleros hacia un escondite en Anguiano en lo profundo del valle de Najerilla. Emprenden aquellos cazadores de Nassau una marcha enorme de dos días atravesando los Picos de Urbión y entran en Viniegra de Abajo.

—¿A cuánta distancia queda Anguiano de Viniegra?

El General ha consultado el mapa y no parece que diste más de unas cuatro leguas.

—Esta Vd. equivocado; de Anguiano nos separan más de diez leguas por caminos que puedan transitarse, y tardarán por lo menos dos largas jornadas para llegar a ese pueblo.

—Imposible, o este mapa está mal hecho.

—El mapa estará bien seguramente, pero nadie hasta ahora, salvo dos hombres osaron llegar a Anguiano, siguiendo el lecho del río Najerilla. Esto sucedió hace ya muchos años y uno de aquellos hombres pereció ahogado en el torrente.

—¿Y dónde esta el superviviente? Llevadme a él para que me lo explique.

Le condujeron efectivamente ante la presencia de un pobre viejo de Viniegra, y sin embargo cuando esa hazaña a la que se referían tuvo lugar, aquel anciano era todavía niño y acompañaba a su padre.

El Najerilla nace en Neila y recibiendo después las aguas de otro torrente que desciende del Pico de Urbión, se precipita entre gargantas y hoces estrechísimas por terribles despeñaderos, pero lo peligroso —le relató así aquel superviviente—, son las tormentas que en esta época abundan. Ese río que ahora lleva tan poca agua, en unos minutos inesperados crece como un monstruo y arrastra todo lo que permanezca en su lecho. Ello es debido a los desniveles, escarpados y a la extensión enorme de estas montañas.

Thiebault se quedó mirando un cielo claro y sereno en aquel atardecer de Viniegra. Observó un barómetro de mercurio que no señalaba movimiento. Ordena reposar unas horas a sus tropas, pero el General ha decidido: Acaso desease imitar en otro sentido la hazaña de Napoleón atravesando los Alpes por el Gran San Bernardo. Thiebault va a correr el riesgo de descender aquella «Goufre» con sus cien hombres a caballo, su material y sus infantes.

Amanecía cuando se internaron en el desfiladero. El propio general, con cincuenta de sus mejores hombres, procedió al resto de sus tropas. El desfiladero lo describe como algo inmenso y culebrino. La mayor parte marchan sobre el torrente no muy caudaloso. Algunas veces el valle experimenta ensanches que les permite hacer leves descansos; otra, avanzan entre rocas inaccesibles que les ocultan incluso la luz del sol. Se ven obligados a abandonar algunos caballos que al avanzar entre los bloques del torrente se han tronzado las piernas. Un soldado se despeña y perece. Llega la noche cuando se encontraban a un cuarto de legua de Anguiano. Bajo el brillo de las estrellas, un silencio que presagiaba la muerte, envolvía aquella atmósfera. Ni un sólo vigilante encontraron en ese lugar. Pocos minutos después entraron en el pueblo sorprendiendo a unos guerrilleros. ¡Los demonios! exclamaron estos patriotas. Cómo pensar que por allí pudieran llegar los hombres, precisamente, aquel lugar de acceso al desfiladero se había dejado totalmente desguarnecido. La mayoría de los patriotas dormían tranquilos, pues sabían que nadie se acercaba a Anguiano, ya que el resto de los accesos permanecían en larga distancia vigilados, incluso las cumbres mismas de la montaña. De esta forma los terribles cazadores de Nassau aniquilaron por sorpresa a casi todos los guerrilleros. Los pocos que escaparon con vida tuvieron que hacerlo desnudos y sin armas al amparo de las tinieblas de la noche.

El General en este relato de sus Memorias acaso haya esagerado demasiado las condiciones dantestas de aquel barranco del Najerilla para dar a su relato bélico una calidad casi novelesca, que en estos momentos pudiera también tener un interés turístico.

Claro es que el año 1.809 no existía ni mucho menos la carretera de Salas de los Infantes a Nájera, que va siguiendo aquel valle a una altura bastante considerable sobre el fondo del río Najerilla. Los desplazamientos hacia la sierra de Cameros hacia la baja Rioja se hacían dando otros rodeos, incluso por lo alto de las cumbres.

Por un azar improvisado de mi vida montañera, recuerdo hace ya muchos años, allá por el 1.934, una excursión que yo hice también y la publiqué en una revista de montaña que se editaba en Madrid, siguiendo casi los mismos pasos por el fondo del torrente del Najerilla que hemos

visto relatados en las Memorias de Thiebault, que entonces yo no había leído. Empezamos la excursión en Duruelo de la Sierra, y terminamos tres días después en Nájera y en Santo Domingo de la Calzada. ¡Qué coincidencial; me acompañaba entonces un buen amigo y camarada de montaña que dos años después había de morir aniquilado en una de esas terribles represalias de nuestra guerra civil en un monte de estas sierras burgalesas.

## CAPITULO X

### Los turistas de la ciudad

Terminadas las expediciones contra los guerrilleros a quienes en el fondo Thiebault admira y que si bien cree haberlos aniquilado no piensa ni mucho menos que los ha vencido ya que por cada uno de los muertos habrían de surgir —según las propias palabras del general—, dos o tres más de refresco, vuelve a Burgos, capital durante unos meses llevó una vida relativamente pacífica y hasta incluso entretenida.

Cuando está en su gobierno de la ciudad ya no es Thiebault ese fiero guerrero de las montañas. Desde sus despachos de Burgos, Thiebault ve cada vez con mayor antipatía al rey José Bonaparte, y especialmente a una camarilla servil, integrada por desgracia de españoles, que le hacen honor y corte. En su fuero interno, prefiere a los guerrilleros insurrectos aun cuando se había visto obligado por órdenes militares a combatirlos.

Un día llega a Burgos uno de esos tipos. Se llama Amorós, y es un alto comisario de la policía del rey José. Venía con gran séquito y vestido ridículamente con peluca y calzón corto a estilo de la corte de Versalles. Pretende nada menos que el propio gobernador vaya a rendirle visita. Thiebault le contesta que no piensa hacerlo, y que su presencia en Burgos le es indiferente.

Por fin, Amorós consigue la entrevista después de un Tedeum que por acción de alguna gracia se había organizado en la Catedral, y al que se había invitado a todos los personajes de la ciudad. (7)

Vd. cree, mi general —dice Amorós— que está rodeado de gentes

---

(7) El corregidor, el 30 de julio de 1809, da lectura de un oficio recibido del Intendente Blanco Salcedo, de la orden del Gobernador de que celebre una misa solemne a las diez de la mañana en punto en la Catedral el Domingo inmediato para dar gracias de las victorias que Su majestad Imperial ha tenido en Austria y suspensión de armas que ha seguido. Se invita a las autoridades.

leales en Burgos. Déjeme actuar en mi labor policiaca, y ya le demostraré que muchos de los hombres que le rodean son traidores a la causa francesa.

Amorós, por medios sucios e innobles y valiéndose para que nadie sospechase de su calidad de español, tendía trampas especiales, fingiéndose él mismo patriota, y seguidamente amenazaba con encarcelar a los que cayeron en esos inicuos cepos para exigirles un rescate.

Cuando informan a Thiebault de aquellas tretas, el general monta en cólera y pretende echar de Burgos violentamente a aquel miserable, pero desistió de momento, al medir el posible conflicto diplomático que podía producirse entre Burgos y Madrid. Thiebault a este efecto representaba a Francia y al Emperador en zona ocupada. Amorós representaba la corte del rey José en la capital de España. Aún cuando José era hermano de Napoleón, y este último le había impuesto como rey a los españoles, empezaba a encontrarse muy a gusto en la corte española y en su palacio del Pardo, por lo que tenía ya la osadía de hacer pinitos contra su hermano, creyendo de esta forma granjearse la amistad de los españoles y afianzarse así en la suntuosa corte de los viejos monarcas españoles.

A Amorós lo dejaron actuar unos días durante los cuales aquel interesado personaje consiguió iniciar algunos procesos y encacerlar a varios destacados burgaleses. Cuando la cosa estaba más candente, al enterarse Thiebault que Amorós había exigido dinero a aquellos caballeros decidió ponerles a todos en libertad. Es más, encrespó al pueblo de Burgos contra Amorós, y cuando amotinados pretendían matar a dicho personaje, tuvo Thiebault, para dulcificar el conflicto, que prestarle una escolta hasta dos leguas de Burgos, siendo perseguido a pedradas e improperios. El Gobernador le había previamente dicho: Sr. Comisario, aquí no estamos en Madrid, en la Corte de su rey José. Mientras yo mando militarmente dependo únicamente del Emperador, y Burgos es una ciudad francesa.

Otro día vino a la ciudad el mismo rey José. Entre sus acompañantes y séquito llegaron dos linajudas damas; una francesa llamada madame Lucotte, y otra española la duquesa de Monte Hermoso. Las dos se decía que eran amantes del rey José Bonaparte, y existía cierta rivalidad entre ellas, por lo que le hicieron no poco padecer al gobernador durante la semana que permanecieron en Burgos con sus respectivas impertinencias por cuestiones de derecho a escolta. Hubiese sido preferible —dice sarcásticamente el gobernador— que el rey hubiese aplacado sus impulsos eróticos con esas damas en forma de harem y no separadamente, lo que las hizo extraordinariamente exigentes y rivales.

Pocos días después pasan por Burgos otras dos señoras importantes



de la corte; una es madame Michel, a quien su marido había hecho célebre y que después fue amante del general Murat cuando éste llegó a rey de Nápoles. La otra era mademoiselle de Lauregais. Eran dos mujeres bellas como ángeles muy jóvenes y agraciadas. Ambas —dice Thiebault—, se tenían tal cariño entre ellas que no se separaban un sólo momento ni de día ni de noche. El gobernador las sorprendió por casualidad en una de sus íntimas emociones de amor, y exclamó con cierta ironía: ¡Vaya, por lo menos estas dos chicas no son rivales entre ellas!

Decididamente, las costumbres del Imperio con todo su «essor» de la Revolución no hacían sino copiar vilmente en ese aspecto la vieja corte de Versalles y la decadencia de la época de la regencia, aquella época en que el penúltimo borbón, Luis XV, había dicho: «Después de mí, el diluvio».

La virtud a merced de los asideros del vicio, lleva siempre las de perder, ya que las poderosas armas de este último, unidas por la hipocresía, neutralizan las armas de la virtud. Thiebault había expresado este pensamiento en la recopilación de sus ideas filosóficas «les recueils».

## CAPITULO XI

### El Generalísimo Dorsenne y el segundo retorno de Thiebault a Burgos

Yo calculo que si el manuscrito de las Memorias de Thiebault se hubiese publicado, no digo ya cuando la acción del tiempo borra hasta la sombra de las querellas entre los hombres, pero si durante la vida de un descendiente directo de Dorsenne éste se hubiese quejado muy formalmente contra el ex-gobernador de Burgos. Efectivamente, no caben epítetos más duros ni enjuiciamiento y crítica más terribles que la de Thiebault hace de Dorsenne. Yo creo que gran parte de nuestros historiadores patriotas de la guerra de la Independencia para hacer más sombrío el cuadro de la ocupación se limitaron a traducir simple y literalmente las frases de estas Memorias. También las hemos encontrado en alguno de nuestros novelistas.

Así es bastante conocido el episodio de las tres horcas del Arlanzón. Cuando uno de los ajusticiados cayó por haberse podrido sus ligamentos cervicales Dorsenne lo observó desde su ventana (8) del Espolón y

---

Sesión del 5 de marzo de 1810.—... «teniendo presente el largo tiempo que está mediando desde que fueron ejecutados, dos de cuyos cadáveres se hallan pendisntes desde entonces en el patíbulo y camino público, lo que es doloroso, se acordó suplicar al Excelentísimo Señor Gobernador (se refieren a Dorsenne) de Castilla la Vieja se digne conceder permiso para separar dichos cadáveres de aquel sitio y darles sepultura eclesiástica, con lo que concluyó la Junta. Firman Merino, Angulo y Vibanco.

desagradándole la asimetría, ordenó se sacase a un preso de la cárcel para completar la horca que había quedado vacante. ¡Bochornoso pero cierto!

Antes del año de permanecer en Burgos, cuando las cosas se arreglaban, Thiebault tuvo que ir destinado a ciudad Rodrigo y a Salamanca cerca del general Massena. Le sustituye Dorsenne en Burgos.

Thiebault afirma que Dorsenne era tan inhumano como bestial; sin embargo le reconoce un tipo agraciado en su aspecto físico. Le habían hecho generalísimo del ejército del norte, más que por sus méritos guerreros por la influencia acaso de haber sido uno de los amantes de la célebre madame d'Dorsay: Era muy alto; tenía la cabellera de ébano, y se rizaba el pelo a maravilla. Su tocado llevaba mucho tiempo. Se vestía a la polonesa para realzar más su tipo. Era un gran conquistador, pero su mujer, a decir de las malas lenguas, le engañaba con un capitán de Dragones. Su esposa, además de hablar con gran desenfado, empleaba un vocabulario soez digno de una «femme de halle» es decir, de una verdulera.

El año 1812 Thiebault es llamado nuevamente para poner remedio en Burgos. El mando de Dorsenne y el gobierno de Solignac, habían sido, por su crueldad, más funestos que aquel otro de Darmagnac, el que tan provechosamente organizó el servicio de los trigos con el Sr. Astúlez vecino y cómplice de Palenzuela.

A Thiebault le asusta volver a Burgos; sin embargo se enteró todavía estando en Salamanca que al sólo anuncio de su llegada, en varios pueblos del contorno burgalés se habían cantado Tedeums de gracias por el alivio que de su nombramiento esperaban: «Burgos es para mí — exclama — una mujer muy amada, pero mancillada por el ejército francés de una manera definitiva. Duda de poder intentar el milagro.

Es durante el año 1812 que se hace cargo del poder. Era necesario sufrir bastantes días a Dorsenne a quien como jefe superior ya no podía Thiebault disciplinariamente enfrentarse.

En la casa del Espolón, que era muy capaz, habían organizado tres bailes con invitación de cerca de cuatrocientas personas. Las dos primeras soirées pudieron celebrarse porque contaban con la orquesta de un regimiento, pero esos soldados se vieron obligados temporalmente a abandonar Burgos. Thiebault es poeta, es músico y escritor. Para animar la ciudad en el momento que más lo necesitaba no duda por su cuenta en improvisar una orquesta y crear él mismo unos vales. Apela a cuantos músicos o eclesiásticos conociendo música encuentra en la ciudad y logra componer seis vales magníficos que son admirablemente interpretados por la orquesta que se improvisó, y que terminada la guerra, durante varios años, primero figuraron como especial de la orquesta imperial y después se hicieron populares en París.

Pródigamente Thiebault ejercía caridades, subvencionaba gastos y ayudas supérfluas derrochando fácilmente sus dineros. En esto se parecía a su mujer Zozotte enemiga del más pequeño ahorro. Para disculparse al arruinarnos —decía— no hacemos otra cosa más que imitar a la naturaleza, y en suma la muerte es la más perfecta de las bancarrotas.

Estamos en las postrimerías de la guerra. Se ha perdido Ciudad Rodrigo, los patriotas ganan la batalla de los Arapiles. El general Wellington avanza fácilmente por diversos lugares de la península. Se ha evacuado Salamanca y después Valladolid. Se ha fortificado estratégicamente para su defensa el castillo de Burgos donde hay un gran depósito de explosivos. El general Mina con sus fieras huestes está atacando por Vitoria. Una retirada sin remedio se impone.

Thiebault dice ¡dios! a España, le duele sobre todo su querido Burgos de cuyas noticias durante muchos años tiene avidez de saber cuando se encuentra ya retirado en Francia. Thiebault francés nacido en Alemania, en el fondo era un hombre europeo, y después fue un entusiasta hispanófilo. ¡Qué lo vamos hacer!, dice cuando está en Irún perseguidas sus tropas a balazos, los españoles, mis queridos españoles, estoy ahora recibiendo sus postreros adioses a salvas de fusil. Así pasa el Bidasoa sin que jamás tuviese ya ocasión de retornar a la península.

Ahora que vivimos épocas de reconciliación en todos los aspectos, incluso en el histórico, ahora que los Estados Europeos de las patrias tratan de constituirse en superestados de unión de naciones, acaso me atrevería a solicitar de nuestro Ayuntamiento dedicase a Thiebault el nombre de última avenida del Espolón, la más próxima al río la cual alameda tan burgalesa, carece aún de nombre.

Sería un gesto muy simpático en honor de un viejo enemigo y a la vez amigo de Burgos, de un hombre que se miraba en el espejo de Nuño Rasura, de Laín Calvo y del Cid, personajes que dictaban la norma de su vida llena de virtudes familiares, de virtudes religiosas y de virtudes castrenses, profundamente ahondadas en su alma. Pero esto, además de tener ahora la originalidad o actualidad de gesto europeo, sería sobre todo de sabor muy cidiano.

PROSPERO GARCIA GALLARDO